

## Isaías 40:1-8

Sermón Isaías 40:1-8 Adviento 2 2014 Isaías 40:1-11; 2 Pedro 3:8-14; Marcos 1:1-8

“«¡Consolad, consolad a mi pueblo!», dice vuestro Dios. Hablad al corazón de Jerusalén; decidle a voces que su tiempo es ya cumplido, que su pecado está perdonado, 'que doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados. Voz que clama en el desierto: «¡Preparad un camino a Jehová; nivelad una calzada en la estepa a nuestro Dios! ¡Todo valle sea alzado y bájese todo monte y collado! ¡Que lo torcido se enderece y lo áspero se allane! Entonces se manifestará la gloria de Jehová y toda carne juntamente la verá, porque la boca de Jehová ha hablado». Voz que decía: «¡Da voces!». Y yo respondí: «¿Qué tengo que decir a voces?». «Que toda carne es hierba y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopla en ella. ¡Ciertamente como hierba es el pueblo! La hierba se seca y se marchita la flor, mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre».”  
(Isaías 40:1-8)

“Consolad, consolad a mi pueblo”. Sin más el profeta expresa el más ardiente deseo de Dios, el Dios que en su misericordia y gracia se permite llamar “vuestro Dios”, el Dios que desea ser el Dios de este pueblo que necesita consolación. Veremos esta mañana la base y en qué consiste esta consolación.

Pero nuestro texto al mismo tiempo nos revela por qué esta consolación es tan necesaria. El profeta también tiene que revelarnos los impedimentos a que Dios nos llegue con su gracia, y tiene que revelarnos cuál es realmente nuestra condición natural hasta que logre Dios entrar con su gracia y salvación.

El texto en parte describirá el ministerio de Juan el Bautista, pero tendremos ocasión de ver que Juan no fue único en esto. Todo fiel predicador de la palabra de Dios tendrá que presentar el mismo mensaje de arrepentimiento que Juan predicó. Y el remedio que cada predicador fiel podrá ofrecer a los que se arrepienten es el mismo también que señaló Juan cuando dijo: “He aquí, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.

Consideremos primero la segunda estrofa de esta sección introductoria de la segunda gran división del libro profético de

Isaías. Repentinamente escuchamos una voz que proclama. Su mensaje es serio. ¡Jehová viene! ¡Hay que estar preparados! “¡Preparad un camino a Jehová”. El lugar para este camino es el desierto. “¡Nivelad una calzada en la estepa a nuestro Dios!” En lenguaje vivido poético describe los obstáculos que se tienen que vencer para que Dios pueda llegar con su salvación. “¡Todo valle sea alzado y bájese todo monte y collado! ¡Que lo torcido se enderece y lo áspero se allane!” El camino de Jehová no debe presentar ningún obstáculo en el camino. Todo debe estar plano y derecho. Pero el camino entre Babilonia y Jerusalén es totalmente seco, lleno de profundos valles y altas montañas. En muchas partes el terreno es muy accidentado. Humanamente, tal proyecto de construcción de carreteras en ese terreno sería imposible.

¿Pero de qué está hablando el profeta? ¿A dónde quiere llegar Jehová, el Dios de gracia libre y fiel, para derramar allí su salvación? ¿Y cómo se puede preparar el camino? El Nuevo Testamento nos revela el cumplimiento de este pasaje. Nuestro Evangelio del día nos dice: “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios. Como está escrito en el profeta Isaías: «Yo envíé mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: “Preparad el camino del Señor. ¡Enderezad sus sendas!”»». Bautizaba Juan en el desierto y predicaba el bautismo de arrepentimiento para perdón de pecados. Acudía a él toda la provincia de Judea y todos los de Jerusalén, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados” (Marcos 1:12-5). Lucas nos da más detalles de su ministerio: “Y decía a las multitudes que salían para ser bautizadas por él: —¡Generación de víboras!, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento y no comencéis a decir dentro de vosotros mismos: ‘Tenemos a Abraham por padre’, porque os digo que Dios puede levantar hijos a Abraham aun de estas piedras. Además, el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles; por tanto, todo árbol que no da buen fruto se corta y se echa al fuego” (Lucas 3:7-9). Cuando las personas preguntaron: “¿Qué haremos?”, Juan les respondió: “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: — Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: —No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: —Y nosotros, ¿qué haremos? Les dijo: — No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con

vuestro salario” (Lucas 3:11-14). Lo que se necesita es un cambio en el corazón y, como resultado, en la conducta. El primer aspecto del arrepentimiento es la contrición. De esto Lutero dijo que la contrición es creer la ley, creer que mi pecado me hace merecedor de la eterna destrucción, temer la ira de Dios, y reconocer que en mí no hay ayuda.

De esto podemos ver que el camino es el camino al corazón humano, y que Dios puede venir como Salvador sólo cuando el camino ha sido preparado con el arrepentimiento. Porque cuando nos quedamos sin arrepentimiento, defendiendo y acogiéndonos a nuestro pecado, Dios puede venir sólo como el vengador que castiga todo pecado y rebelión con la eterna destrucción. Esto es lo que se presenta en la tercera estrofa de esta sección.

Allí se presenta otra voz, esta vez de Dios mismo, dando el mandato de clamar o predicar. El profeta responde: “¿Qué clamaré?”. La respuesta divina es una descripción devastadora del estado humano, incluyendo el estado natural del pueblo de Dios, que se puede encontrar. “Que toda carne es hierba y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita, porque el viento de Jehová sopla en ella. ¡Ciertamente como hierba es el pueblo! La hierba se seca y se marchita la flor”. Toda carne es el hombre en su mortalidad, el hombre como se encuentra desde la caída en el pecado por Adán y Eva. Los seres humanos todavía nacen, crecen, pueden parecer impresionantes. Pueden presentar grandes logros materiales, y hasta lo que tiene la reputación de ser gran virtud.

Sin embargo, el mundo, todas las cosas hechas por los hombres, y los hombres mismos son destinados a la destrucción debido a sus pecados. Todo es como la hierba y la flor ya cortada, que pronto se marchita y se seca. Y la razón lo da también Dios al profeta, “porque el viento de Jehová sopla en ella”.

La comparación es con el feroz viento del desierto que toma los campos con alfombra de bellas flores y a veces en un solo día convierte a todo en un campo seco y muerto. Lo que tenemos aquí es lo que Moisés observó en el desierto. En el Salmo 90 escribió: “Como la hierba que crece en la mañana: en la mañana florece y crece; a la tarde es cortada y se seca. Ciertamente con tu furor somos consumidos y con tu ira somos turbados. Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro. Ciertamente todos nuestros días declinan a causa de tu

ira; acabamos nuestros años como un pensamiento” Sal. 90:5-9. No es sólo que eso es el curso natural de las cosas, Dios ha juzgado el pecado del hombre, y ha declarado la muerte y la condenación para los hombres.

Es la predicación de la ley de Dios, es la revelación de la absoluta imposibilidad de que el hombre pueda rescatar a sí mismo de la destrucción y la condenación, que tiene que ocurrir para que haya salvación de esta destrucción. Sólo cuando vemos que no hay nada bueno en nosotros mismos, ni podemos hacer nada para ayudarnos, estaremos en condiciones en que el mensaje de gracia realmente vendrá a nosotros como gracia, como el amor absolutamente inmerecido de Dios con el cual nos salva de esa segura destrucción.

Eso es lo que Dios quiere buscar al enviar un predicador de arrepentimiento como Isaías, y como Juan el Bautista. Quiere que por medio del sincero arrepentimiento, por aborrecer el pecado que nos produce esa destrucción, se allane el camino para que llegue Cristo para salvar a nosotros que no pudimos salvar a nosotros mismos. “Entonces se manifestará la gloria de Jehová y toda carne juntamente la verá, porque la boca de Jehová ha hablado”. Esta “gloria de Jehová” es la gloria de su gracia, manifestada en Cristo Jesús, para la salvación de su pueblo.

Eso es porque el Señor comenzó el capítulo amonestando: “¡Consolad, consolad a mi pueblo!”. Quiere ganar al pueblo. Quiere que vuelva a él, su único Salvador. Por eso continuó diciendo: “Hablad al corazón de Jerusalén”. La expresión quiere decir hablar con ternura a Jerusalén. Ya no en ira y con juicio, sino con salvación. “Decidle a voces que su tiempo es ya cumplido”. Dios ha castigado a su pueblo Israel por su incredulidad y su rebelión. Pero en fidelidad a su pacto de gracia, decide tratar al pueblo ya con misericordia.

¿Pero no es eso una contradicción a su santidad y justicia? Después de amenazar el castigo por el pecado, ¿puede nada más cambiar de mente y decir, siempre no? No, no es así. Porque dice el texto: “que su pecado está perdonado”. Esto expresa bien el resultado, pero lo que el verbo básicamente significa es pagar. Así lo que está diciendo es que su pecado está pagado. No es que nada más se decide no prestar atención. Se ha tratado con el pecado, se ha pagado todo el castigo que Dios amenazó a la humanidad por el pecado. Cómo fue pagado no se nos dice

todavía aquí. Esto espera a lugares como Isaías 53, en donde se revela que Jehová ha puesto el pecado de todos nosotros sobre su Siervo, Jesucristo. Él fue el perfecto sacrificio que quitó todos nuestros pecados. Debido a lo que Cristo ha hecho por nosotros, el Señor puede declarar que “doble ha recibido de la mano de Jehová por todos sus pecados”. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia. Si el castigo merecido fue grande, es doblemente grande el don gratuito que Dios nos da en Jesucristo. Allí está el consuelo que Dios quiere que se anuncie a su pueblo, un pueblo llevado al arrepentimiento. Juan el Bautista no sólo denunció el pecado. Predicó un bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados. Y cuando tenía a muchos discípulos preparados, les señaló a Jesús, y les dijo: “He aquí, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Esto es el consuelo que Dios todavía dirige a nosotros hoy, que en Cristo nuestro pecado fue pagado. Se ha ganado el perdón y la vida eterna para nosotros. ¡Qué consuelo! ¡Qué bendición! Esta palabra del Dios nuestro permanecerá para siempre. Amén.